

Allí sereis el objeto de mi mas tierna solicitud, y os bastará decir: “estuve en la batalla de Austerlitz,” para que se exclame: “he ahí un valiente.”

Todavía es mas vivo y exaltado su lenguaje en Fryeland:

“En diez dias nos hemos apoderado de ciento veinte piezas de artillería, siete banderas; muerto, herido ó hecho prisioneros sesenta mil rusos: hemos arrebatado al enemigo todos sus hospitales, todos sus almacenes, sus transportes, la plaza de Koenigsberg, los trescientos barcos que estaban en el puerto cargados de toda clase de municiones, y ciento sesenta mil fusiles que la Inglaterra enviaba para armar á nuestros enemigos. Desde las orillas del Vístula hemos llegado á las del Niemen con la rapidez del águila. Celebrásteis en Austerlitz el aniversario del coronamiento, y en este año habeis tambien celebrado dignamente el aniversario de Marengo. ¡Soldados del grande ejército francés, habeis sido dignos de vosotros y de mí!”

¡Qué animacion y qué vehemencia en esta arenga al ejército expedicionario de Nápoles contra los ingleses!

“Soldados: marchad, precipitad en las olas, si es que os esperan, los débiles batallones de los tiranos de los mares. No tardeis en hacerme ver, que la santidad de los tratados está vengada, y que los manes de mis bravos soldados, degollados en los puertos de Sicilia á su vuelta de Egipto, despues de haberse librado de los peligros del naufragio, de los desiertos y de cien combates, están por fin aplacados.”

Pero aquel astro se oscureció, y al ruido brillante de tantas victorias, sucedieron los ecos tristes de una dolorosa despedida. Napoleon va á dejar los restos de su ejército, que le habian permanecido fieles, y les dirige

esta palabra llena á la vez de emocion y de dignidad:

“Soldados: me despido de vosotros. Despues de veinte años que hemos estado juntos, estoy contento de vosotros. Siempre os he encontrado en el camino de la gloria. Todas las potencias de Europa se han armado contra mí; algunos de mis generales han faltado á sus deberes y á la Francia. Ella misma ha querido otros destinos. Con vosotros y los bravos que me han quedado fieles, habria podido mantener la guerra civil; pero la Francia hubiera sido desgraciada. Sed fieles á vuestro nuevo rey, sed sumisos á vuestros nuevos gefes, y no abandoneis nunca nuestra querida patria. No sintais mi suerte: yo seré feliz, si sé que vosotros lo sois. Hubiera podido morir, y solo por servir todavía á vuestra gloria, he consentido en sobrevivir. Escribiré las grandes cosas que hemos hecho No puedo abrazaros á todos, pero abrazo á vuestro general Venid, general Petit, que yo os estreche contra mi corazon! ¡Que se me traiga el águila, que quiero abrazarla tambien! ¡Ah! ¡Querida águila, ojalá este beso que te doy, pueda resonar en la posteridad! ¡Adios, hijos míos! siempre os acompañarán mis votos: conservad mi memoria.”

Reaparece Napoleon despues de haber dejado la isla de Elba, y fiado á las olas su destino y sus esperanzas, en la expedicion mas arriesgada y aventurera.

“¡Soldados! (dice) En mi destierro he oido vuestra voz. . . . Nosotros no hemos sido vencidos. . . . sino engañados. Debemos olvidar que fuimos los dueños de las naciones; pero no debemos sufrir que nadie se mezcle en nuestros negocios. ¡Quién pretenderá ser el amo entre nosotros? Recobrad esas águilas que teniais en Ulm, en Austerlitz, en Jena, en Montmirail. Los vete-

ranos del ejército de Sambra y Mossa, del Rhin, de Italia, de Egipto, del Oeste, del grande ejército, se ven humillados. Venid, pues, á formar bajo las banderas de vuestro gefe. . . . La victoria marchará al paso de carga El águila, con sus colores nacionales, volará de torre en torre, hasta las de Nuestra Señora”

Pero la suerte de este grande hombre estaba escrita en el libro del destino, y habia sonado la hora en que se debia cumplir. En vano fué oponer el valor á la astucia, el talento militar á las combinaciones oscuras, y un heroismo magnánimo y desesperado á las perfidias y á las traiciones. Waterloo derribó al coloso para no volverse á levantar, y le encadenó en una isla separada á gran distancia de los continentes, como si fuera necesario oponer por barrera á la inmensidad del genio, la inmensidad de los mares.

En aquella peña elevada, rodeada por todas partes del Océano, y á cuyo pié se rompen con furia las olas que agita el soplo de las tempestades, alimentaba el prisionero su acerbo dolor, con los recuerdos de una vida que habia pasado como el meteoro. Allí exclamaba con el mismo colorido de imágenes que adornaba sus ideas en otro tiempo de gloria y de prosperidad:

“Nuevo Promoteo, estoy sujeto en una roca donde un buitre me roe las entrañas. Sí; yo habia quitado el fuego del cielo para darlo á la Francia; pero el fuego se ha remontado á su fuente, y ¡heme aquí! El amor á la gloria se parece al puente que Satanás arrojó en el caos para pasar del infierno al paraiso. La gloria une lo pasado al porvenir, del cual está separado por un inmenso abismo. ¡Nada para mi hijo, nada mas que mi nombre!”

¡Desgraciado genio! La imaginacion de aquel gi-

gante encadenado no cabia en las dilatadas llanuras que se ofrecian á su vista, y su alma la salvaba para fijarse en el teatro de los pasados triunfos, y repasar en melancólica contemplacion su prosperidad huida y sus funestos errores.

La elocuencia militar, segun ha podido repararse en los modelos que se han citado, debe ser brillante, rápida y sonora. En ella deben herirse fuertemente las imaginaciones, y apelar á los sentimientos de independencia, de nacionalidad, de honor, de lealtad y de fidelidad á las banderas juradas. El gefe que se dirige á sus tropas, necesita alentar su valor con grandes esperanzas, y fortificarlo con la perspectiva de grandes triunfos. El lenguaje y las imágenes se ha de procurar que sean como los que se usan en las arengas dirigidas al pueblo, porque el ejército sale del pueblo, y como al pueblo se le debe hablar.

DE LA ELOCUCION DE LAS REUNIONES PATRIÓTICAS.

Esta es regularmente la arena en que suelen empezar á ejercitarse, en los tiempos en que se permite, los que aspiran á ocupar algun dia la tribuna parlamentaria; pero es necesario convenir en que no es la mejor preparacion, ni la mejor escuela. En estas reuniones hay mas calor que buen sentido, mas virulencia que razon, mas exageracion que aplomo. El entusiasmo se confunde con el delirio, y las palabras parece que salen de unos labios abrasados por la fiebre. Frecuentemente se grita mas que se discute, y el que tiene mejores pulmones, es el que obtiene las ovaciones del triunfo. Hablamos de los inconvenientes en que tropiezan por lo regular estas sociedades, y no queremos decir que no

pudiesen ser útiles á la elocuencia, si purificadas de sus inherentes vicios, se erigiesen como escuelas preparatorias de discusion, de debate animado, á la vez que medido y circunspecto, y de desarrollo oratorio. Y con efecto: ¿no podian haber sido estas reuniones, cuando se han permitido, un palenque de ensayos, en el que á imitacion de la academia antigua, se sostuviesen todas las opiniones y todas las doctrinas, y en que la juventud se adiestrase en las luchas de la palabra, para lanzarse despues con gran ventaja en el vasto campo y en el gran teatro de las lides parlamentarias? Así se hubiera educado convenientemente nuestra juventud, y los primeros dias de su inauguracion en la tribuna pública, hubieran tambien sido los primeros dias de su gloria. No es esta tribuna, con su imponente aparato, con su numeroso concurso, con su crítica y con sus murmullos que tanto imponen á la cortedad y pudor de los noveles oradores, el mejor aprendizaje para las discusiones de gravedad y de empeño: en ellas se necesita lanzarse con un vuelo rápido y vigoroso, cuando todavía no se tienen alas, y se ignora la direccion que se debe seguir. He aquí por qué tenemos menos oradores sobresalientes de los que debiamos tener: he aquí por qué solo tenemos improvisadores de genio; esos hombres privilegiados que llevan en su espíritu y en su corazon la guia, la regla y el maestro: y no tenemos oradores de talento y de estudio, que solo pueden formarse por los preceptos y el ejercicio.

DE LA ELOCUENECIA DE LAS SOCIEDADES ACADEMICAS.

Esta es mas fácil al talento que al genio. En ella no puede haber grandes rasgos, atrevidos arranques, ni

imágenes asombrosas. Todo está medido y calculado, y solo se piden delicadeza en la diction, finura y sutileza en los conceptos, figuras brillantes en la línea de lo bello, y no en la línea de lo elevado y magnífico; un compás y una cadencia á que no se ajusta el alma fácilmente en medio de sus transportes. Se parece esta elocuencia al paseo que damos por amenos jardines, donde las flores mas bellas y delicadas se ofrecen á nuestra vista, ó al estanque que recorremos en una barquilla, cuyas márgenes están vestidas de arbustos simétricos, y cuyas aguas se rizan blandamente por el suave aliento de los céfiros. Queda muy lejos de ser la nave velera que se tiende en la inmensidad del Océano, que surca mares desconocidos, y que en ellos desafia con arrogancia el furor de las olas y la dureza de las rocas, en que van á romperse con un rugido espantoso. Timon ha hecho una exacta pintura de esta elocuencia, cuando nos ha dicho: “Tiene una fisonomía enteramente aparte. Se mira y remira, como una coqueta, de los piés á la cabeza. Acaricia la vanidad de los otros, para que estos, á su vez, inciensen la suya. No gusta de muchas ideas. Se mueve muellemente en medio de frases estudiadas, de delicadezas impalpables y de finas alusiones. Se corona de rosas pálidas, nacidas del carbon de tierra en los templados invernáculos del Instituto.”

DE LOS ELOGIOS FUNEBRES.

Estos piden mucha delicadeza y mucha emocion. El auditorio se halla penetrado por la vista de un cadáver, por el silencio religioso de aquella mansion solitaria, por las meditaciones que naturalmente evoca; y todo llama al alma al recogimiento, todo la prepara y dis-

pone á impresiones profundas y sombrías. Los discursos fúnebres que se pronuncian en tales circunstancias, deben ser un ramo que se forme con flores delicadas y de suave aroma, pero aroma que penetre en el corazón para conmoverlo intensa y melancólicamente. Comparaciones felices en que resalte este opaco colorido; metáforas de gran naturalidad y de grande sentimiento; alusiones propias que recuerden otras ideas y otros objetos no menos lamentables; el crespon funeral, en una palabra, tendido sobre toda la diccion, y á cuyo través se vean todas las figuras de este cuadro; alguna reflexion moral, diestra y ligeramente presentada; alguna cita histórica intercalada en la relación de las virtudes de la persona á quien se llora; alguna apóstrofe sencilla, sin violencia y sin aparato, son los atavíos que mas convienen á oraciones de esta especie. No deben referirse menudamente, como es costumbre, las acciones del que murió; esto seria una biografía descarnada y sin color, en vez de ser un elogio fúnebre dirigido á agradar y á conmover. Si los espectadores no lloran á pesar de haber tantos elementos en favor y ayuda del orador, será la señal segura y desgraciada de que no se ha encontrado el camino ni descubierto la fibra sensible, ni el modo de excitarla. Esto equivaldria á haber echado un puñado mas de tierra en la huesa; pero no á haber sacado del polvo un sonido lastimero y un recuerdo tierno y doloroso á la vez.

DE LA ELOCUCION DEL PULPITO.

No me propongo escribir un tratado de reglas y observaciones sobre la elocuencia sagrada, porque mi objeto se ciñe á la profana, y porque para ello se necesitaria

un trabajo detenido, que me separaria del rumbo que deseo seguir. Voy solo, pues, á considerar la elocuencia del púlpito, en relacion con las demas elocuencias.

El predicador tiene muchas ventajas sobre el orador profano. Por lo pronto, es dueño de elegir su objeto, de meditarlo, de disponerlo, de formularlo, de arreglarlo detenida y cuidadosamente en el archivo de su memoria, en tanto que el orador profano recibe el objeto que se le presenta, y como se le presenta, y tiene que hablar sobre él, las mas veces con poca ó ninguna preparacion.

El predicador se dirige á gentes piadosas y crédulas, en cuyos corazones no hay ni oposicion, ni recelos, ni desconfianza: el orador profano habla entre adversarios tenaces, y acaso ante un público rebelde, á quienes es necesario desarmar primero, para someterlos despues.

En la boca del predicador solo se oyen palabras de dulzura, de amor y de fraternidad, en tanto que el orador profano lanza rayos encendidos, y evoca las pasiones y los ódios. El uno solo pretende hacer hermanos, el otro solo busca producir enemigos.

Al predicador se le oye con atencion y con recogido silencio; al orador profano se le interrumpe, se le grita y se le amenaza. Al primero nadie le contradice; al segundo, todos tienen derecho de refutarle y combatirle.

El predicador puede extenderse cuanto quiera, puede divagar segun le plazca; y en el momento en que el orador profano deja la línea recta, aunque sea para hacer una desviacion científica ó agradable, se disponen sus compañeros ó sus jueces, para llamarle á la cuestion.

El orador sagrado no tiene límites ni terrenos vedados en sus creaciones. Representante é intérprete del Dios que domina todos los tronos, los llama al inexorable juicio de su censura, les pide cuenta de sus acciones,

les corrige y amonesta segun sus obras; mas al instante que el orador profano se propusiera hablar de estos objetos, mil voces se levantarian imponiéndole silencio y dirigiéndole mil baldones. Si todavía no basta al orador sagrado una autoridad tan inmensa, deja la tierra, penetra en los cielos, abre sus espléndidos palacios, descubre la magestad y la gloria del Hacedor, y la anuncia al mundo que le escucha, en medio de su admiracion, de su arrobamiento y de sus trasportes: el orador profano no puede subir tan alto, y tiene que contentarse con un horizonte mas pequeño y con medios mas limitados.

¶ Pero de parte del orador profano hay otras ventajas que compensan aquella desigualdad. El predicador es el hombre del dia precedente, de los dias anteriores; el orador es el hombre del momento actual. Aquel va encerrado en las hojas de un manuscrito, del que no puede salir; este se mueve en los espacios del pensamiento y de la inspiracion: aquel va agarrado al hilo de la memoria, que no puede soltar, porque en el momento que olvide un adjetivo ó una partícula, se corta la cadena de los recuerdos, y se interrumpe la peroracion; este corre como el caballo brioso, por los campos del entendimiento y de la imaginacion, sin temor de extraviarse porque no va asido á palabras, sino á ideas y á fórmulas que se pueden variar; aquel, finalmente, recita lo que compuso en la calma y en el silencio, sin excitaciones, sin contradiccion, y por lo mismo, sin calor y sin colorido; y éste bebe en los raudales de una inspiracion instantánea, avivada por el estímulo de las réplicas, y exaltada por la solemnidad de la lucha; siendo sus palabras fuego que abrasa, porque salen de un corazon que arde.

¶ Y sin embargo, ¡qué cuadro tan grande, por otra parte, el de esa cátedra, en que resuena la palabra divina!

El predicador es el abogado de la religion, y como tal abraza su causa y la defiende: es el intérprete de Dios, y como tal, anuncia y explica el dogma, la moral, las verdades eternas, las promesas de una bienaventuranza imperecedera, y de unos castigos sin fin; es el padre de los fieles, y como tal, los dirige con su santa severidad, y los anima con su angelical dulzura; es el guia del pecador que va á caer en el abismo, y como tal, le ase y aparta de él con su brazo poderoso; es el faro del justo, y como tal, derrama sobre él una luz esplendente y protectora. Su palabra es de consuelo y esperanza, y deja caer sobre el corazon un bálsamo bienhechor en las tribulaciones de la vida. Otras veces es fuerte y terrible, y entonces reprende á los potentados del mundo, á los reyes mismos, erigiéndose en su juez, en nombre de Dios y como enviado del cielo. Siempre persigue al vicio, ya sea que se oculte bajo los andrajos en la pajiza choza del pobre, ya sea que se ostente brillante en trenes magníficos, y bajo los techos embutidos de oro del poderoso. “Conoce, como ha dicho un escritor, sin practicarlas, esas pasiones y esos vicios que inundan la tierra; como desde lo alto de una playa de salud, presenciarnos la tempestad sin mojarnos con la espuma de las aguas, sin ser azotados por los vientos, ni impelidos por las olas.”

¡Massillon, Flechier, Bossuet, Fenelon! Vosotros habeis llenado las bóvedas de los templos con vuestra uncion y con vuestra piedad; y vuestra palabra omnipotente se ha elevado, mezclada con los himnos de gloria, con los suspiros del recogimiento, y con el humo del incienso que rodeaba el ara, á la manera de una nube misteriosa. Vosotros habeis pronunciado palabras fabricadas en el cielo, para hacerse oir despues entre los hom-

bres, como el eco de una armonía celestial. Habeis igualado todas las condiciones á los ojos de la religion, de que érais apóstoles; habeis proclamado las verdades mas santas; habeis hecho cruda guerra al poder que oprime, y á la riqueza que insulta; habeis protegido la causa de la humanidad, y hecho ver al mundo, que para el Padre comun no hay reyes ni esclavos, porque todos son sus hijos. Habeis sido, en una palabra, los actores de un drama, de que solo Dios puede haber sido el poeta. Vuestros tiempos han pasado, pero vuestra memoria no morirá.



al mundo; con la luna que le envia sus líos y melancólicos resplandores; los mares se retiraron para permitir en perpetua prision; la tierra pareció con todas sus plantas y producciones; fueron los animales y los peces y por último apareció el hombre como dueño de todo lo criado. Aquí una reflexion consoladora de agüento y de esperanzas. Mirad, habis dicho hasta allí el Orador en todos los periodos de la creacion; mas para formar al hombre como si quisiera anunciar la mayor y la mas espléndida de sus obras dijo: "Hagamos al hombre."

LECCION XI.

Quien al hacerse elevase con la conviccion de su importancia y poder y de intentarlo todo, seguro de su idoneidad y de su triunfo?

Posible y realizable es nuestro natural deseo de do- De la posibilidad en todos los hombres, con pocas excepciones, de llegar á ser elocuentes.

de la voluntad, á todos los gustos de la inspiracion, á los dos los caprichos de la fantasia. El hombre es un ser

La naturaleza ha concedido á todos los hombres la palabra, la razon y la pasion. He aquí el conjunto de la elocuencia, que no es otra cosa que la palabra clara ó apasionada.

La cuna de la elocuencia está en el origen del mundo. La palabra que sirvió á la creacion, esa palabra misteriosa, generadora por excelencia, cohetánea del tiempo, término y fin del caos, fué una palabra elocuente; fué mas que elocuente; fué sublime. Dijo Dios: "hágase la luz; aparezcan los cielos y el firmamento; fôrmense los mares; sea la tierra y produzca frutos; existan el sol, la luna, y las estrellas; puéblese la tierra de animales y el mar de peces; hagamos, por último, al hombre;" y la luz fué hecha, y se desplegaron los cielos, bordados de estrellas, con el sol, que da luz y calor